

que hay sobre el suelo, coge un lienzo sin marco y lo examina brevemente entre sus manos. El cuadro es de regulares proporciones; representa la imagen de un hombre. La serena faz del caballero tiene unos ojos grandes, negros y tranquilos, que no miran a nadie, que parecen enfrentarse con el infinito y el tiempo. Colócalo sobre los brazos de un sillón, de uno de los varios sillones que hay en el aposento. Nada le podrá disuadir ya que este caballero, ahora sentado, no es una figura *del Greco*. Extático se halla ante el lienzo como debió encontrarse el pintor ante su obra: perplejo. Diríase que, mientras se recrea en ella, la está dando los últimos repases. Preso es ya de un profundo contento. El lienzo descubre la factura de una mano maestra. Este cuadro, este caballero, le recuerda otros cuadros, otros lienzos. Secretamente se va apoderando de él un íntimo desasosiego. Cada vez que lo examina nuevamente se afianza más en su idea. No, no hay lugar para la duda. Y, poseso ya de una visible excitación, abandona rápidamente el templo.

En una de esas profundas horas de la madrugada sorprendemos al escritor despierto. Hace unos instantes que abandonó el lecho. El hallazgo de la tarde ha truncado su descanso y su sosiego. Consigo mismo ha luchado un largo tiempo, y aun le encontramos vacilante, absorto, y como indeciso a hacerlo. Sin embargo, es necesario; la importancia del descubrimiento exige que al fin rompa su silencio. No obstante, resístese, por reflexión, a romperlo. El ha venido a descansar; a vivir tranquilo unos días; a permitirse un merecido regodeo. Mas parece ser que un escritor de fina sensibilidad; de sensible temperamento, no puede permanecer mucho tiempo inactivo; las sensaciones estéticas asedian al artista como las pasiones, a un santo, en acecho. Lentamente, sin darse él cuenta, se ha ido dejando ganar por su temperamento. El artista no se debe a sí mismo, el artista ha de estar a merced de su arte; y el arte no es una obligación, un oficio, sino una religión, un sacramento.

El hombre ha sido vencido por el artista; y, suspenso ya del anhelo, se ha dispuesto a escribir uno más de sus maravillosos capítulos. La pluma ha cespitado sobre la albura de las cuartillas, y ha ido desenredando la maraña del pensamiento, en un estilo limpio, claro, terso. Las páginas de este escritor son como blanquísimas holandas expuestas al viento. Todo en su obra es ordenado, pulcro y sencillo, y al mismo tiempo, profundo, denso.

Largo rato ha estado inclinado sobre las cuartillas. A medida que avanza en su trabajo, una sensación de alivio va expresando su semblante; y es que el artista descansa al mismo tiempo que realiza, en una gestación simultánea y dolorosa por la obra de arte.

Tras un escribir ininterrumpido, constante, termina por fin su trabajo. Y ya vuelto al sosiego, libre su frente de todo cansancio, el escritor estampa su firma al pie del ensayo. *Azorín*, dice la firma, y después no ha rubricado.

ANTONIO SANCHEZ PAREDES

EL SEÑOR DEL GRAN PODER

(LEYENDA)

En el profundo silencio que la muchedumbre guarda en una espera expectante, resuenan dos campanadas, y antes que las vibraciones el viento lleve en sus alas, se oyen crujir unos goznes en sus mohosas bisagras.

Las puertas de San Lorenzo, se abren lentas y pausadas, y en su dintel aparece la figura sacrosanta del Cristo del Gran Poder, abrumado con la carga redentora de la Cruz que hace curvar sus espaldas.

¿De qué modelo tomó el artista de esa talla la expresión de su semblante, la humildad de su mirada, las arrugas de su frente por las cejas que se alzan en una doliente angustia de su alma atribulada, y esa boca que contiene el suspiro en la garganta, para no quebrar el aire con su queja lacerada?...

Alguien, en aquél entonces, que en el taller penetraba del artista imaginero por amistad y privanza, y a quien Montañés, sus dudas y secretos confiaba,

dijo, y fué de la voz pública, que el escultor en su talla se valió como modelo de la imagen viva y clara de Jesús, que aparecía para posar en la estancia del estudio del artista, radiante y lleno de gracia, con la Cruz de su martirio y la túnica dorada que llevó el sublime día de la Redención humana...

La espectación se agudiza. Unos golpes en las andas, alzan el divino paso poniéndose en lenta marcha.

Y en un profundo silencio que hasta el latido señala del corazón, en el aire fino de la madrugada, entre dos filas de cirios de parpadeantes llamas, que imitar quieren la luz de las estrellas lejanas, que le velaron el sueño en la dolorosa y trágica noche de su sacrificio, cruza las calles y plazas el Señor del Gran Poder, entre saetas y lágrimas, que son las más tiernas flores que esa noche ofrenda el alma sentimental de Sevilla a la PERLA SEVILLANA.

MANUEL MONTERREY

